

Aurora Egido (2023).
Don Quijote de la Mancha
o el triunfo de la ficción caballerescas.
Madrid: Cátedra, 272 pp. ISBN: 978-84-376-4587-2.

Irati Zaitegui Blanco
Universidad Complutense de Madrid ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/rfrm.96480>

En el presente estudio, Aurora Egido se propone releer *El Quijote* a la luz de los torneos y las justas literarias y caballerescas que se aluden en la obra, mediante la contextualización en el periodo histórico en el que nacieron. A lo largo de los trece capítulos que componen la obra, realiza un exhaustivo análisis de aquellos eventos y festividades acontecidas en el Siglo de Oro que pudieron inspirar diversos episodios y personajes de la obra cervantina, mediante el apoyo en documentación muy rica y diversa.

En el primer capítulo —«El juego del torneo y las justas de lucimiento» (pp. 17-34)—, realiza un breve recorrido histórico que ilustra la transformación del mundo medieval caballeresco asociado a los ideales bélicos, en un espectáculo festivo y teatral que conformó una cultura visual y literaria que, a su vez, propició la aparición de justas y certámenes poéticos. Asimismo, alude a una serie de obras y tratados como el *Diálogo de la verdadera honra militar* de Jerónimo Jiménez Urrea, que expresan los valores morales y bélicos de la caballería que se sustentaban en la tradición clásica, medieval, humanística y religiosa.

El capítulo titulado «Las órdenes militares y el Quijote» (pp. 35-56) está dedicado a las órdenes de Calatrava, Alcántara, Montesa y Santiago, puesto que, como menciona la autora, el espíritu que las mueve está estrechamente relacionado con el que inspira los libros de caballerías. Mediante el análisis de numerosos textos vinculados a estas, entre los que destacan las crónicas y los tratados que promueven determinados ideales caballerescos y proyectan hazañas vinculadas a la nobleza, se pone de relieve la dicotomía entre la realidad histórica y la heroicidad legendaria representada en estas obras que, asimismo, inspiraron los libros de caballerías. Todo ello se vincula con la configuración del protagonista de la obra de Cervantes, que desafía los estándares retóricos e ideológicos del caballero ideal defendido por los tratadistas, tanto en términos de genealogía como de prudencia, para ensombrecerlos y caricaturizarlos.

En el tercer capítulo, titulado «Caballeros santos, todo por san Jorge» (pp. 57-78), la autora realiza un análisis de los caballeros santos representados en el *Quijote* —Santiago Matamoros, san Jorge y san Martín—, para ahondar en las bases religiosas del diseño narrativo de la obra, puesto que suponen modelos hagiográficos que Cervantes toma para la configuración de su héroe. Se centra en la figura de San Jorge, santo patrono de la Corona de Aragón vinculado a las órdenes militares y a las cofradías que generó toda una iconografía celestial vinculada a los ideales caballerescos del Medievo. Asimismo, ahonda en los principales eventos y celebraciones que se consagraron en su honor durante los siglos xv, xvi y xvii, para ilustrar la vitalidad de la que gozaba el culto a este santo en el territorio, del que Cervantes fue ampliamente conocedor.

El cuarto capítulo —«Al calor de las imprentas de Zaragoza y Barcelona» (pp. 79-90)— está dedicado a las imprentas de Zaragoza y Barcelona. Se hace un repaso de las publicaciones más importantes de las respectivas imprentas, que contribuyeron a alimentar el imaginario caballeresco reflejado en el *Quijote* (como crónicas de hechos puntuales, espejos de príncipes y relaciones de justas y torneos): se comienza por Zaragoza, cuya producción fue especialmente rica en el siglo xvi, pero escasa en el xvii, y se prosigue con Barcelona, donde se imprimieron numerosas relaciones en formato de pliegos sueltos que ofrecían un amplio catálogo de temas relacionados con la España de su tiempo.

El quinto capítulo —«Cambio de destino» (pp. 91-108)— está dedicado a los torneos y festejos aragoneses vinculados a la Cofradía de San Jorge, que encarnaban el imaginario cortesano y caballeresco de aquellos «poco ilustrados en materias históricas, literarias y épicas» (p. 98), que Cervantes caricaturiza. De nuevo, se mencionan aquellos textos a través de los que el autor pudo conocer estas celebraciones: destacan la relación de Enrique Cock (1585) sobre el torneo en honor a la estancia de Enrique II en Zaragoza, la *Relación* de Antonio Hurtado de Mendoza y la *Fortuna de Amor* de Antonio Lofraso, en la que se describen justas reales que podrían haber inspirado al autor.

En la primera parte del capítulo titulado «Orillas del mar. Entre caballeros, damas y muchachos» (pp. 109-126), se retrata el componente burlesco vinculado a las festividades barcelonesas. Se describen aquellos pasajes en los que muchachos, damas y nobles aragoneses se burlan de don Quijote y, a su vez, se alude a

relaciones que reflejan el componente burlesco de estas celebraciones. Posteriormente se mencionan aquellas teorías que afirman que Cervantes visitó Barcelona en 1610 o antes (1569-1571) y, por ende, que confirman que se impregnó de «una tradición festiva que pudo guardar en su memoria para trasladarla años más tarde al *Quijote*» (p. 119). Asimismo, se mencionan aquellas relaciones de sucesos, divulgadas a través de pliegos de cordel, que describen fiestas y solemnidades de todo tipo, en las que Cervantes también pudo basarse para la recreación de las ceremonias barcelonesas en su obra, como la *Relación de las grandes fiestas* escrita por el dominico Jaime de Rebullosa sobre los torneos y procesiones de Raimundo de Peñafort. Por último, se recopilan aquellos pliegos que narran sucesos relacionados con galeras, turcos y moriscos que también podrían haber inspirado algunos episodios de la segunda parte del *Quijote*.

En el séptimo capítulo —«Gigantes y caballitos cotoneros» (pp. 127-158)— se señalan aquellos aspectos de los festejos por la canonización de san Raimundo de Peñafort de 1601 descritos en la *Relación* de Jaime de Rebullosa, que pudieron haber inspirado el episodio barcelonés de la segunda parte del *Quijote*. La autora retrata minuciosamente la espectacularidad del acontecimiento, así como las principales actividades que se llevaron a cabo. Ahonda en la tradición de los gigantes procesionales vinculados a la celebración del Corpus Christi: estos eran de tela, madera o cartón y portaban atuendos y armas toscos que propiciaban una degradación del simbolismo caballeresco y fomentaban una visión carnavalesca de la caballería andante. Posteriormente, vincula la apariencia del hidalgo manchego a las de estas figuras contrahechas: al igual que estos, don Quijote iba armado y vestía «a la antigua», hecho relacionado con el ámbito festivo y carnavalesco. Por último, se establece una vinculación entre los gigantes representados en la obra, los procesionales y aquellos representados en otros libros de caballerías y obras literarias.

El octavo capítulo —«Caballeros con espejos “armados a la antigua”. El Paso Venturoso» (pp. 159-174)— también está dedicado a las fiestas barcelonesas de 1601. De nuevo, a partir de la *Relación* de Rebullosa, se retratan las ceremonias, las justas literarias, los desfiles y las procesiones, en las que se funden un conjunto de tradiciones históricas, caballerescas y religiosas. Se hace hincapié en la amplitud geográfica que tuvo el evento, en la participación de miembros de todos los estamentos sociales, así como en las personalidades importantes que acudieron a él. A su vez, se describe la rica indumentaria de los asistentes más destacados de la fiesta caballerisca, mucha de la cual estaba adaptada a las modas de los distintos países, como era costumbre en los libros de caballerías y fiestas cortesanas. Por último, se relaciona la vestimenta de don Quijote con la de dos de los participantes de una de las procesiones: dos caballeros de porte extravagante que vestían «a la antigua» y portaban armas de cuero cosido, cuyo aspecto podría haber inspirado los materiales con los que el hidalgo se vistió y se armó como caballero andante.

En el noveno capítulo —«Desafíos caballerescos y poéticos. La aparición de Periandro» (pp. 175-198)—, Egido analiza los jeroglíficos y composiciones líricas exhibidas en el torneo de Desafío de los Caballeros Forasteros convocado por Miguel Sanmanat y don Luis de Sayol, celebrado en la Iglesia de los Predicadores el 6 de junio de 1601. A su vez, establece una serie de paralelismos entre el baile representado por las damas de «la máscara de caballeros y damas ricamente enjoyadas» celebrada en Madrid el 4 de enero de 1601 y el pasaje del *Quijote* en el que las damas catalanas convierten a don Quijote en un «inusitado bailador» (p. 189). Asimismo, relaciona al mantenedor don Periandro de Clariquel, «protagonista» de la celebración de la sortija y del faquín de Barcelona de 1601 realizada en la plaza de Born (y narrada por Rebullosa), con el protagonista encubierto del *Persiles*: don Periandro Clariquel, sobrenombre de inspiración caballerisca bajo el que se enmascaraba don Pedro Clasqueri Vila, se descubre durante la corrida y revela su identidad al público. Por ende, la autora sostiene que constituye uno de los antecedentes del héroe de la obra cervantina.

La primera parte del décimo capítulo —«Cervantes y los dominicos. Las justas por san Jacinto y san Raimundo» (pp. 199-218)— gira en torno a la participación de Cervantes en la justa poética celebrada en el convento de la Orden de Predicadores de Zaragoza en 1595. Jerónimo Martel recogió el certamen en su *Relación de las fiestas que Çaragoça hizo celebrando la canonización de San Jacinto*, obra que Cervantes pudo haber leído debido a su relación con la Cofradía de San Jorge. La autora sostiene que el texto fue fundamental para los episodios barceloneses del *Quijote* y para «decidir» el destino del hidalgo manchego al final de la primera parte. En la segunda parte del capítulo, incide en la mascarada quijotesca de los estudiantes zaragozanos por la beatificación de santa Teresa en 1614 recogida en la relación de Luis Díez Aux, en la que participaron jóvenes disfrazados de don Quijote y Sancho Panza que repartían *La verdadera segunda parte del Ingenioso don Quijote de la Mancha*, una versión carnavalesca de la obra posiblemente relacionada con el apócrifo, que mostraba influencias de la *Vida* de santa Teresa.

En el capítulo titulado «Justas de armas y de letras en el gran teatro caballeresco» (pp. 219-234), Egido realiza una exhaustiva revisión de todas las fiestas regionales que imitaron el modelo de la celebrada en Barcelona en 1601. Asimismo, aborda la traslación del campo semántico de las antiguas justas caballerescas al ámbito festivo y literario, así como la simbiosis que se había dado entre el lenguaje de los libros de caballerías y los tratados de los libros caballerescos. Por último, alude a aquellos autores y dramaturgos del Siglo de oro que se inspiraron en la materia caballerisca para la creación de sus momos, farsas, entremeses y comedias palaciegas.

El penúltimo capítulo —«Del Paso Honroso al Paso Venturoso. Los Ancestros de Alonso de Quijano» (pp. 235-252)—, Egido vuelve a realizar una búsqueda de los posibles ancestros de don Quijote. Establece una conexión entre el hidalgo manchego y Gutierre de Quijada, un participante del Paso Venturoso en honor a san Raimundo celebrado en la plaza barcelonesa de Born en 1601, del que don Quijote dice ser descendiente. La autora ahonda en la relación del verdadero nombre del hidalgo manchego, Alonso de Quijano («al que sus convecinos llamaban Quijana»), con el de Gutierre de Quijada y otros dos caballeros apellidados de la misma manera, que también lucharon en el paso: Rodrigo y Alonso de Quijada. Asimismo, la autora señala

otra obra que también pudo haber influido en la configuración de diversos elementos del *Quijote*: la *Doctrina del arte de la cavalleria* de Juan Quijada de Rayo, un noble justador de 59 años que participó en el torneo celebrado en las fiestas de Binche (1549), en honor al emperador Carlos V, cuya relación con el héroe cervantino fue expuesta por Ramón Menéndez Pidal en 1915. Asimismo, pone de relieve la inspiración de los festejos barceloneses de Peñafort (1601), en el Paso Honroso celebrado en tierras leonesas en 1434 (narrado en la *Crónica de Juan II*) y el Paso de la Fuerte Ventura que tuvo lugar en Valladolid en 1428, para ilustrar cómo el imaginario ceremonial áureo bebía en buena parte de las justas y torneos más populares de la Edad Media.

El último capítulo —«El triunfo de la ficción. Don Quijote y el espejo cóncavo de la caballería» (pp. 253-270)— funciona como una conclusión: se recopilan las ideas principales del estudio y se ilustran con pasajes del *Quijote*. Asimismo, Egido vuelve a remitir al texto de Rebullosa para ilustrar la relación entre las vestiduras de Sansón Carrasco, el Caballero de los Espejos o el Caballero de la Luna, con las que portaron varios participantes de uno de los desfiles barceloneses, que estaban adornadas con numerosos espejos. A su vez, vincula el apellido del caballero con el de la casa aragonesa de los Luna: sostiene que Cervantes podría haberse inspirado en Pedro Martínez de Luna o en su hijo Miguel Martínez de Luna para la creación de su personaje.

Las fiestas de Peñafort se constituyen como la «puesta en escena» de un imaginario caballeresco en el que primaban aspectos satíricos y carnalescos. A partir del análisis de documentación y obras muy diversas, la autora muestra la evolución que sufrieron las convenciones del sublimado mundo caballeresco bajomedieval en los siglos áureos: ilustra a la perfección cómo el componente festivo fue adquiriendo tintes satíricos y caricaturescos que llegaron a rozar la representación paródica del antiguo ceremonial cortesano. Asimismo, el análisis del conjunto de publicaciones relacionadas con las fiestas celebradas en honor a Raimundo de Peñafort, y especialmente la *Relación de las grandes fiestas* de Rebullosa, le permite concluir que Cervantes pudo conocer las festividades e incluso leer esta obra que reflejaba a la perfección los elementos caballerescos, espectaculares y cómicos propios del ceremonial áureo. En definitiva, la autora ilustra a la perfección la retroalimentación entre realidad y literatura propia de este período, así como el importantísimo papel de la literatura en la configuración del imaginario caballeresco, lo que la hace una obra idónea para aquellos investigadores que quieran conocer de manera cabal el ambiente histórico-cultural en el que se gestó la obra de Cervantes.